

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1959 - Núms. 93-94



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTORICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **442**

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25-1958



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN

EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA PROVINCIAL
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL



2.^a Época
Año 1959



Tomo XXX
Núms. 93 - 94

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1959

ENERO - FEBRERO - MARZO - ABRIL

Núms. 93-94

CONSEJO DE REDACCIÓN

DON RAMÓN DE CARRANZA Y GÓMEZ, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excm. Diputación Provincial.—D. Antonio ALMUNIA DE LEÓN, Marqués de Almunia.—D. Alberto BALBONTÍN DE ORTA.—D. Juan DELGADO ROIG.—D. Eloy DOMÍNGUEZ RODIÑO.—D. Francisco LÓPEZ ESTRADA.—D. Celestino FERNÁNDEZ ORTIZ.—D. José HERNÁNDEZ DÍAZ.—D. Luis HERTOGS ECHEMENDÍA.—D. Federico JIMÉNEZ ONTIVEROS.—D. Manuel JUSTINIANO MARTÍNEZ.—D. Celestino LÓPEZ MARTÍNEZ.—D. Enrique MARCO DORTA.—D. Cristóbal PERA JIMÉNEZ.—D. Angel RODRÍGUEZ QUESADA.—D. Manuel RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ.—D. Joaquín ROMERO MURUBE.—D. José RUBIO RIVAS.—D. Francisco RUIZ ESQUIVEL.—D. Federico VILLANOVA HOPPE.—Director, D. Luis TORO BUIZA.—Secretario, D. José Andrés VÁZQUEZ.

SUMARIO

Págs.

ARTICULOS

- Juan de Mata Carriazo.—*La boda del Emperador. Notas para una historia del amor en el Alcázar de Sevilla*..... 9
Vicente García de Diego López.—*Estudio histórico-crítico de la topografía mayor y menor del antiguo Reino de Sevilla (I)*..... 109

MISCELANEA

- Francisco López Estrada.—*La biografía de un cortijo escrita por los hermanos Cuevas (Comentarios críticos a la novela HISTORIA DE UNA FINCA)*..... 139
J. de M. Carriazo.—*Las joyas y excavaciones de El Carambolo. (Dos ilustraciones fuera de texto)*..... 153
María de los Reyes Fuentes.—*Homenaje a Juan Ramón*..... 163
A. Domínguez Ortiz.—*Aspectos sociales de las cofradías sevillanas. Un memorial de la cofradía de las Tres Caídas, de San Isidoro, en defensa de los cocheros*..... 167

LIBROS: Varios..... 173

CRÓNICA: José Andrés Vázquez.—*Cronista Oficial de la Provincia. Enero y febrero, 1950*..... 179

LAS JOYAS Y EXCAVACIONES DE EL CARAMBOLO

Fragmento del informe leído ante la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, el 19 de noviembre de 1958.

...Una tremenda novedad ha conmovido el mundo de los estudios arqueológicos y ha trascendido a la gran Prensa y al gran público, español y extranjero: el hallazgo casual de las joyas prehistóricas de El Carambolo, y la excavación subsiguiente del yacimiento. En esta época de los viajes interplanetarios y de la exploración de otros mundos remotos y posibles, del mundo remotísimo de la Prehistoria nos ha llegado un mensaje alucinante. Hace aún demasiado poco tiempo, y los que lo hemos tenido que recibir estamos todavía anonadados. Ya era bastante el tesoro, imponente por su masa y muchísimo más por sus valores arqueológicos; pero la exploración que hemos podido hacer inmediatamente y a fondo del lugar del hallazgo nos ha traído otras grandes novedades y otros grandes problemas.

Aquí, a las puertas de Sevilla, acaban de salir del terreno, con sorpresa espectacular, las joyas de El Carambolo. Son 21 piezas de oro puro, con un peso total de cerca de tres kilos; todas profusamente decoradas. Sobresale del conjunto el collar, con su cadena principal de dos ramales, combinación de eslabo-

nes en forma de ocho, su pasador, fusiforme, deslizable sobre un cilindro del que arrancan los dos ramales de la cadena principal y 16 pequeñas cadenas, de 14 de las cuales penden siete colgantes de tipo singular, seguras imitaciones de anillos signatarios de tipo egipcio, que ya no son anillos ni sirven para sellar. Todas las superficies de estos colgantes están adornadas con diversas combinaciones de pequeños filetes soldados, como las paredillas de un esmalte *cloissonné*; y varios de sus campos están rellenos de un minúsculo granulado, que en parte se destaca sobre planchitas triangulares y en algunos espacios se ha perdido. Este granulado, que aparece en Egipto desde muy temprano, es una de las grandes maravillas y misterios de la orfebrería antigua: cómo obtener los microscópicos esferiolos, y cómo soldarlos sin soplete. Este collar es la pieza más orientalizante del lote. Sus paralelos están, no en otros collares, sino en pendientes y arracadas, algunos procedentes de la Grecia arcaica, hoy en Museos de los Estados Unidos, otros representados en la escultura ibérica.

Luego tenemos dos *pectorales*, idénticos por su línea general pero diversos por su decoración. Son piezas en la forma de doble cola de golondrina, o de tortuga, que tienen lingotes de estaño y otros metales preciosos en el mundo antiguo. Un lingote así, de estaño, se ha encontrado en Falmouth (Cornualles), y otros de cobre en Creta. En los pectorales, las cuatro puntas terminan en una doble cápsula o capullo, huecos, salidas de los conductos interiores que corren bajo los cuatro bordes curvos de cada pieza; como para sacar por ellos las ocho cuerdas de un sistema de suspensión por los ángulos de cada pectoral. Pero ellos tienen, además, un sistema de suspensión más seguro y visible, una anilla, soldada a uno de los lados menores, con silueta parecida a las de los anillos de los colgantes del collar; anilla que se conserva en uno de los pectorales, mientras que en otro se ha partido y sólo queda el arranque.

El cuerpo de los pectorales está formado por dos planchas, la interior lisa y la exterior cubierta de ornamentación, lo mismo que el borde. En el uno, el adorno está formado por tres filas de semiesferas soldadas a las láminas que forman los tres lados exteriores del borde, separadas entre sí por pequeños filetes sogueados, y más pequeñas las del lado interior; otra línea de semiesferas soldadas sobre una plancha relevada a lo largo del eje de la pieza; dos arcos de a doce rosetas, troqueladas, soldadas sobre unas cápsulas, con un reborde sogueado, a lo largo de los lados mayores; cuatro espacios intermedios, triangulares, relevados, y filetes sogueados o con puntas de diamante separan-

do cada una de las zonas de la decoración. En el otro pectoral, las semiesferas enfiladas son más pequeñas, y a los lados del eje central, en vez de los dos arcos de rosetas encapsuladas, hay dos campos con pequeños filetes formando arcos cabalgados, semejantes a los de los colgantes del collar.

Piezas imponentes son los dos *brazaletes* cilíndricos, con sus dos chapas más separadas, la interior dividida en zonas por unos rebajes o surcos, y la exterior decorada con filas de semiesferas soldadas sobre planchas anulares salientes, alternando con otras zonas de rosetas troqueladas, embutidas en cápsulas que tienen los bordes cubiertos con filetes sogueados, y otros filetes con puas agudas separando cada zona.

Luego quedan 16 *placas* rectangulares, formadas también con dos chapas, la interior con unas líneas paralelas a los lados menores y la exterior, y los cantos, completamente decorados. Por el tamaño y la decoración, las 16 placas se dividen en tres series. La primera y la forman ocho placas iguales, con los frentes y costados cubiertos con filas de semiesferas con polos rehundidos, alternando con otras de pequeñas cazoletas, separadas las filas por filetes sogueados. La segunda serie la forman cuatro piezas de tamaño mayor que las anteriores, con la decoración de filas alternadas de semiesferas y rosetas encapsuladas, con la separación formadas por filetes de puntas agudas entre otros sogueados. La tercera serie la forman otras cuatro placas, semejantes a las anteriores pero más estrechas, con su misma decoración. Todas las 16 placas tienen sus bordes largos perforados, de modo que puede pasarse una fibra o alambre para fijarlas verticalmente.

Los tesoros de joyas áureas, supervivientes absolutamente excepcionales de la destrucción general de la joyería antigua, ofrecen siempre piezas únicas, que no se repiten en otros terrenos. Pero éstas de El Carambolo resultan completamente de excepción. Ninguna de sus piezas tiene otras iguales, en ninguna parte. Hay, apenas, paralelos, siempre remotos.

Para hacernos cargo de esta singularidad, conviene examinar la técnica de su construcción. Esta es muy simple en sus procedimientos (salvo en el granulado) y muy sabia en la realización. No hay repujado ni cincelado. Todos los componentes de cada joya están simplemente troquelados y soldados. Los filetes sogueados o dentados son de una finura de ejecución incomparable. En cuanto al granulado, ya está dicha su remota filiación y su misterio.

Con un repertorio de temas muy simple, la decoración de las joyas de El Carambolo consigue un efecto de riqueza deslumbradora, obtenido por acumulación. Este es un rasgo de primiti-

vismo, muy de tener en cuenta al tratar de fijar la fecha y la procedencia. Otro rasgo importante es la unidad de estilo, sirviendo el pectoral menor y anillado de enlace entre el collar y el resto de las piezas. Pero el rasgo más característico y peculiar de este tesoro es la ausencia de toda decoración figurativa, el exclusivo geometrismo.

Este conjunto de caracteres define la originalidad de las joyas de El Carambolo, frente a todos los paralelos a nuestro alcance. El collar, la única pieza articulada, se aparta de sus posibles modelos orientales por la nota bizarra del colgante imitando un sello de anillo. Es una interpretación que pone distancia entre los prototipos auténticos, de anillos con chatones giratorios, como los que los fenicios sembraron por todo el mundo mediterráneo, y este elemento puramente decorativo, desprovisto de toda posibilidad funcional, creado por un orfebre indígena. El mismo granulado se diría que no está completamente conseguido, ya que se ha desprendido a trechos y está empleado con parsimonia. Por todo ello, esta pieza me parece el producto de un arte local, partiendo de modelos orientales, fenicios, griegos arcaicos, chipriotas y, remotamente, egipcios.

Todo el resto del tesoro tiene más acentuado su carácter autóctono, o indígena. Los dos brazaletes, que son tal vez las piezas más características y expresivas, pueden proceder, en su forma tubular, de modelos de la Segunda Edad del Bronce; pero en un grado de procedencia muy remoto. El ejemplar más inmediato es el brazalete de oro de Estremoz, en el Museo Arqueológico Nacional, con sus zonas alternadas de filetes discoidales y puas salientes y agudas: una pieza valiente, que desde ahora resultará menos solitaria. Pero no sirve para clasificar o fechar las joyas de El Carambolo; por el contrario, éstas serán desde ahora sus bases de referencia y datación. Todo lo demás, son brazaletes tubulares, generalmente abiertos, de una sola chapa grabada o repujada, incapaces de haber suscitado nuestros ejemplares sevillanos, ni por la forma, ni por la técnica. O bien brazaletes espirales o serpentiformes, en bronce, todavía más remotos. Hasta cierto punto, más parecido tienen con nuestros brazaletes los calderos o sítulas de bronce de Hallstatt, con su decoración en zonas; pero son cosas incomparables, y su alejada coincidencia puramente fortuita.

Algo semejante ocurre con los pectorales, las únicas joyas de El Carambolo que tienen paralelos directos. Se trata de unos pequeños colgantes, de forma muy semejante, aunque de tamaño mucho menor y de trabajo más simple, reunidos casi todos en el Instituto de Valencia de Don Juan y estudiados por Blanco

Freijeiro, que los supone celtas y de fechas muy bajas. La relación con los nuestros es evidente, por la silueta, por algunos de sus elementos decorativos y por la forma de suspensión. Pero también es evidente que debemos mirarlos, ya, como simples derivaciones y no como modelos de los nuestros.

Y luego tenemos las placas, cuya forma y perforación transversal las define como piezas de cinturón, o de coronas articuladas. Lo primero se documenta con muchos ejemplares del Hierro español, principalmente los nielados, estudiados por Cabré. Pero es, con toda certeza, una pura coincidencia en la función o destino. Todo lo demás es en ellos diferente. En cuanto a su aplicación como coronas articuladas, tenemos el paralelo de las dos coronas votivas para las fiestas de Astarté, obras fenicias, en el Museo de Beirut, de trabajo repujado, la una con figuras y la otra con filas de rosetas (*Summa Artis*, II, 411). Pero las piezas están articuladas en bisagra. También cabe recordar las placas de bronce repujado, con dibujos geométricos, encontradas en un túmulo de Panges (Côte-d'Or). Todo ello diverso, y muy distante.

Tomadas en bloque, las joyas de El Carambolo tienen sus parentescos más próximos, como era de esperar, en otros tesoros andaluces. Principalmente con el de Santiago de la Espada, con sus grandes pendientes cubiertos de rosetas, botones, filetes y granulados; pero con un elemento figurativo que falta en El Carambolo. Estamos en un mundo más inmediato, pero todavía diferente. Varía el espíritu y la mano de obra, ya que no la técnica. Y luego tenemos los dos pendientes gemelos de Granada, en el Museo Británico, mucho más clásicos y orientales. En cuanto a los paralelos etruscos, que harían feliz a Schulten, por la común derivación de sus tirsenos, merecen estudio más detenido.

Me persuade poquísimos la relación que ya se ha insinuado entre las joyas del Aljarafe y el casco de plata de Alcaudete de Fuente. Sólo coinciden en estar completamente cubiertos de decoración. Pero la pieza de Alcaudete es una plancha repujada, de plata, y las joyas de El Carambolo se adornan con piezas sueltas, troqueladas y soldadas. El verdadero paralelo del casco de Alcaudete, con la misma decoración repujada de botones, discos y lunas, es la copa de oro de Zurich (Déchelette, II-2,792), de la Primera Edad del Hierro. O la empuñadura de espada, de plancha de oro repujada, de la colección Bauzá, que yo publiqué como de la Edad del Bronce y Camón, aceptándolo, fecha "no antes del año 1200"; ni mucho después, me parece a mí.

En conclusión, el tesoro que estudiamos resulta por su estilo y por su técnica un conjunto original, equidistante de re-

motos modelos orientales y de evidentes imitaciones célticas. Por su masa y su homogeneidad, revela un medio social fastuoso y un taller muy dueño de sus recursos. El número de piezas hace ya inverosímil una importación, sólo posible, para un material tan rico, en ejemplares aislados. Es un producto de la tierra, y de un arte local.

¿Cómo se usaron estas joyas? He aquí una de tantas cuestiones opinables sobre la que, desde el primer momento, se han podido emitir diversas hipótesis. La mía, sobre cuya provisionalidad no necesito insistir, es que todas estas piezas las ha podido lucir a la vez una sola persona, probablemente un varón. Llevaría el collar en el centro del pecho; a los lados los dos pectorales, colgando de los dos extremos de una cinta, pasada por detrás del cuello; los dos brazaletes en los brazos precisamente, y no en los antebrazos; y las series de placas, la una montada sobre un cinturón y la otra formando una corona. Esta acumulación barroca me parece que juega bien con el barroquismo esencial de estas joyas.

Pero la interrogación esencial sobre este tesoro es la de a qué civilización y a qué fecha corresponde. Antes de intentar contestarla, atendamos al yacimiento.

Como es sabido, las joyas aparecieron hacia el borde Noroeste de la corona del cerro de El Carambolo, de 89 metros sobre el nivel del mar y 60 sobre la llanura del Guadalquivir, al Oeste de Triana. El hallazgo se ha hecho en terrenos de la Real Sociedad de Tiro de Pichón de Sevilla, radicada allí desde 1940; que entonces, en 1956 y ahora mismo ha realizado grandes obras y movimientos de tierras para sus instalaciones. El descubrimiento, casual, cuando se rebajaba unos centímetros la rasante de un pequeño jardín, por acuerdo de última hora, que de no producirse hubiera dejado cubierto el lugar del tesoro bajo una losa de cemento. Apareció primero uno de los brazaletes, y luego el resto del tesoro, puesto cuidadosamente en el interior de una gran vasija, de la que sólo tenemos un fragmento, relativamente seguro y atípico.

Dos días después, favorecidos por la cortesía de la Sociedad, de empezar la excavación del lugar del hallazgo, como delegado de Zona del Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas, con la asistencia del señor Collantes, delegado provincial; de la señorita Fernández - Chicarro, secretaria del Museo Arqueológico Provincial, y de don Antonio González-Nandín. Temporalmente, hemos tenido la compañía de don Juan Maluquer de Motes, catedrático de Arqueología de la Universidad de Salamanca, gran especialista español en todo lo que se re-

fiere a la Edad del Hierro, y la de algunos alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras, singularmente la señorita Felicidad Loscertales, que ha revelado grandes condiciones para el dibujo de cortes estratigráficos. También nos han visitado, en el curso de la excavación, los catedráticos de las Universidades de Granada y Barcelona, señores Gámir y Palomeque, y los profesores Guillermo Grünhagen, de la Universidad de Erlangen, subdirector del Instituto Arqueológico Alemán en Madrid, y de las excavaciones internacionales de Mulva, y Erik Kukahn, de la Universidad de Bonn, que estudia la cultura ibérica.

Hemos excavado todo el espacio libre en torno al lugar donde salió el tesoro, una superficie irregular, en escuadra, de unos veinte metros cuadrados; y la excavación se ha llevado hasta el suelo virgen, a una profundidad máxima de dos metros. El yacimiento se ha presentado muy confuso, y su interpretación impone gran prudencia. Se trata, al parecer, de un fondo de cabaña, con un lecho inferior de cenizas de hasta 70 centímetros, que dibuja una planta general ovalada y diversos niveles con señales de fuego: carbones, adobes calcinados, masas de barro endurecidas con las huellas de troncos y cañas, abundantes huesos (que están en estudio, por la Facultad de Veterinaria de Córdoba, y al parecer son todos de animales domésticos) y una cantidad prodigiosa de cerámica, toda ella fragmentada. Objetos destacados son dos puntas de flecha de la Segunda Edad del Bronce y otros fragmentos de cobre, una paleta de barro decorada, eneolítica, placas de piedra alargadas y con perforaciones, como se dan en lo argárico; molinos de mano en piedra del tipo más elemental, que viene del Neolítico; unas pellas de barro plano-convexas, que tienen paralelos mesopotámicos, y varios trozos, al parecer, de cáscaras de huevo de avestruz. No hay ningún elemento arquitectónico y ningún objeto de hierro; siendo dudoso que corresponda a este metal una pequeña masa amorfa, pendiente de análisis.

De todo este ajuar, que pertenece a nuestro Museo Arqueológico y estamos estudiando afanosamente, destaca la cerámica. Llevará mucho tiempo su limpieza, clasificación total y posible restauración de algunos ejemplares restituidos. Esta cerámica es de muchas clases, abundando los barros groseros, lisos y atípicos, sobre todo mientras no tengamos un cuadro de formas definidas. Es muy de notar que faltan las tres especies cerámicas, tan características, del vaso campaniforme, de los barros ibéricos, a torno, con pinturas de fajas horizontales, semicírculos concéntricos y caídas en zig-zas, de la *terra sigillata romana*. En cambio se dan, entre las piezas decoradas, o de estructura y

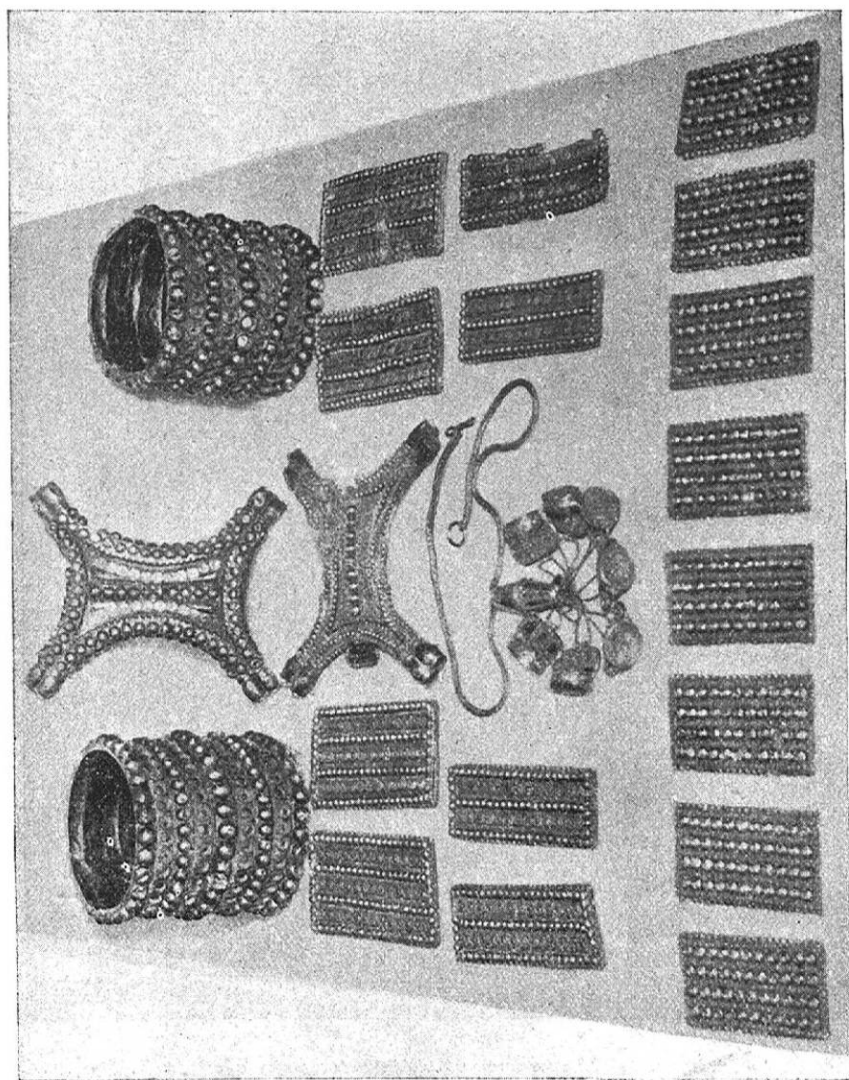
formas definidas, una cerámica a la almagra, de aire africano, cartaginés o más antiguo, unos vasos oscuros, de superficie pulimentada, que tiran a lo argárico, otros vasos grises, a torno, de *facies* céltica; y por lo menos tres especies nuevas, o muy excepcionales, en las que se cifra la importancia mayor de este nuevo yacimiento.

La primera la constituyen unos pocos ejemplares, rotos en muchos pedazos, pero que van reconstruyéndose, de unos vasos menudos, grises o negros, de paredes muy finas y formas elegantes, primorosamente torneados, que parecen piezas exóticas, griegas u orientales. Pero sobre ellos reservo un juicio más firme.

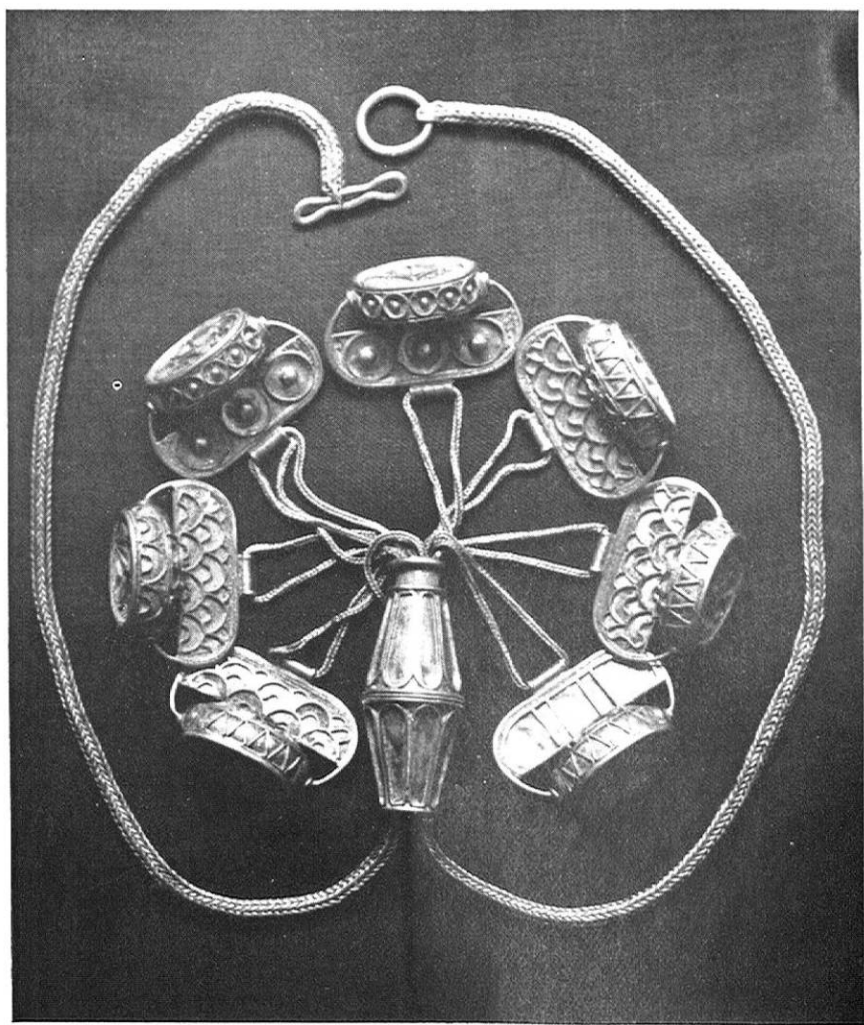
La segunda es una cerámica a torno, con piezas de tamaño mediano, en diversos tonos grises, cuya singularidad consiste en una decoración por el interior de líneas tenues y tenaces, que dibujan redes o retículas, a modo de elegantes esgrafiados. Algunos fragmentos semejantes salieron ya en las excavaciones de Asta, y otros se conservan en la colección Bonsor, en el castillo de Mairena. Paralelo más remoto, el de unos vasos charolados y con decoración interior pulida de la llamada cultura de Rinaldone, de la Primera Edad del Hierro de Italia. Hacia donde apunta, también, otro fragmento único al parecer de arranque de asa con unos círculos estampillados y rellenos de pasta, como en algunos ejemplares de Golaseca y de otros círculos de Hallstatt.

La tercera y más notable es una cerámica pintada, fabricada a torno lento o a mano, con bastante variedad, predominando vasos muy grandes, de boca abocinada, con los dos tercios de la superficie exterior pulidos o charolados y pintados, mientras que el tercio de abajo y todo el interior permanece rugoso. En otros, el interior está también pulimentado, o pintado de una masa uniforme de color, a la almagra. En otros aún, de tamaños más reducidos y bocas estranguladas, la decoración pintada se reduce, al parecer, al borde superior. La pintura, en varios tonos de rojo a morado, presenta un carácter muy uniforme en toda esta especie cerámica. Son combinaciones geométricas, que dibujan triángulos, rombos, ajedrezados, haces oblicuos y zonas de cuadrados rayados en diversa disposición, unidos, alternativamente, a la línea superior o inferior de la zona que los contiene.

Esta cerámica pintada, abunda mucho (tengo sobre mis mesas más de 300 fragmentos), dándose de preferencia en los niveles inferiores del yacimiento. Apareció por primera vez, con cierta profusión, en la tarde del día 15 de octubre, y dos horas después quedaba registrado su descubrimiento en la sesión de la Comisión Provincial de Monumentos. Tengo la convicción



Conjunto del tesoro de joyas prehistóricas de El Carambolo (Sevilla).



El collar: la joya más fina de El Carambolo, con sus siete colgantes que imitan anillos signatarios.

(FOTOS SERRANO).

de que nos encontramos ante una cultura nueva, que pronto será famosa.

Esta nueva cerámica es cosa muy distinta, por la técnica y la gramática decorativa, de las cerámicas de tipo céltico, a base de una decoración grabada o excisa, y de las cerámicas pintadas de tipo ibérico, cuya variedad andaluza, con los consabidos semicírculos concéntricos y líneas en zig-zás se encuentra en otros yacimientos de esta región; por ejemplo, en los niveles indígenas, de estratigrafía muy segura, recientemente reconocidos en Mulva. Puede admitirse, como hipótesis de trabajo, que esta nueva cerámica sea el punto de partida de toda la cerámica pintada ibérica, por lo menos de la andaluza. El único paralelo que he encontrado hasta ahora para ella es un cascarón de huevo de avestruz, pintado, de la necrópolis de Villaricos, excavada por Siret hace medio siglo, pero no publicada hasta hace muy poco, por la señorita Miriam Astruc (*"La necrópolis de Villaricos"*, Madrid 1951). El huevo que lleva esta decoración es ejemplar único entre varios centenares de piezas, y parece de lo más antiguo de ese cementerio y probablemente importado ya con su pintura; que ostenta una faja central, con los cuadrados rayados insertos junto a las líneas marginales, de una manera más rígida que en los tesones de El Carambolo. Se fecha en el siglo VII.

Lo más difícil de este yacimiento ha sido precisamente lo fundamental, para nosotros, es decir, la relación entre el tesoro y el ajuar subyacente. No podemos obtener deducciones sobre la vasija que lo contenía, ni sobre el terreno inmediato, porque el cacharro fué roto y disperso y el terreno revuelto por los obreros descubridores. Pero sí se ha hecho evidente que en el lugar donde estaba el tesoro la estratigrafía aparece alterada, sin que podamos decidir si es que sobre la cabaña quemada se erigió como un pequeño túmulo, sobre el que se colocaría el vaso de las joyas; si es que éste no se depositó más tarde, perforando un pequeño pozo. Ni tenemos la forma del vaso, que tanto nos ayudaría para deducir la fecha del depósito, ni podemos pronunciarnos sobre la tierra que lo llenaba, macizando el espacio libre entre las joyas, que estaban puestas con cierta regularidad; tierra que al parecer era oscura y algo cenizosa. Pero sobre ello no cabe insistir.

Sí podemos y debemos pronunciarnos, ya que no sobre la relación estratigráfica, sobre la cultural o estilística, entre tesoro y yacimiento. Y decimos que estas joyas con sus fastuosa decoración, integral y puramente geométrica, enlazan muy bien con estas nuevas cerámicas, sobre todo con la pintada, también

exclusivamente lineal. Es un mismo gusto y un mismo sentido de la decoración; es la misma capacidad creadora, provista de técnicas originales y de un repertorio original de formas, desplegado en una jugosa gama de variedades. La cultura que ha producido estas joyas y esta cerámica debe ser la misma. Naturalmente, como no se ha producido en el vacío, tiene sus conexiones con otras esculturas, orientales y centroeuropeas, más directas con lo fenicio y lo chipriota, y con el Halstatt C. Pero sus mayores afinidades se dan con otras cosas andaluzas y más antiguas: con la cerámica del vaso campaniforme, con las pinturas rupestres esquemáticas, con el arte de los ídolos-placas e ídolos-cilindros, con las muy abundantes joyas de oro, finamente grabadas, del Bronce atlántico. Es decir, con un mundo de persistente vocación por las ornamentaciones lineales y abstractas, muy distinto del mundo levantino y orientalizante, con vocación figurativa.

Este mundo eneolítico de la Baja Andalucía, que culmina con las magníficas tumbas megalíticas, y que es una de las fases más brillantes de la prehistoria española, estaba seguido en los esquemas hasta ahora vigentes de un vacío inquietador. Precisamente, cuando las primeras fuentes escritas señalaban la existencia en Andalucía de un emporio de incomparable riqueza, cultura y autoridad, como es el reino de Tartesos. Para rellenar ese vacío, los arqueólogos estábamos retrasando todo lo posible el Eneolítico y adelantando todo lo posible a los artesios, para ver si era posible hacerles coincidir; pues resultaba desesperante que no tuviésemos un nombre histórico para la riquísima cultura eneolítica, ni un contenido arqueológico para la entidad histórica de Tartesos.

Creo que de ahora en adelante las cosas estarán más claras, simplemente con dejar el Eneolítico a unos pretartesios (el nombre es de Schulten) y atribuir a los tartesios protohistóricos, mejor que a sus continuadores turdetanos, nuestra nueva cultura de El Carambolo. Este es el inmenso valor de las nuevas joyas y del nuevo yacimiento.

J. de M. Carriazo.